

Sabiduría y virtud

Russ Roberts

How Adam Smith Can Change Your Life

An Unexpected Guide to Human Nature and Happiness

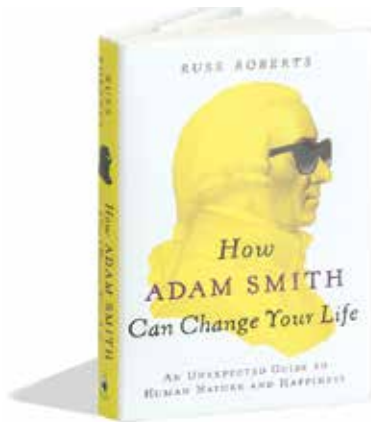
Portfolio/Penguin, Nueva York, 2014, 272 págs., US\$27,95 (tela).

Parece que la ética económica vuelve a estar de moda. Sin duda, esto se debe a la crisis financiera mundial, que dejó al descubierto un gran número de conductas impropias e inmorales en el sector financiero, de consecuencias catastróficas para la economía mundial y la vida de las personas. Sin embargo, también es el reflejo de un descontento más profundo con el utilitarismo y el enfoque específicamente tecnocrático dominantes en gran parte de la economía moderna. No es casual que cada vez sean más quienes optan por abordar de forma más amplia el estudio de la economía, o exigen que así se haga, para que incluya elementos fundamentales de la filosofía, la psicología y la historia.

Dado el espíritu de nuestra era, la publicación de un libro sobre la filosofía moral de Adam Smith resulta ciertamente oportuna. Smith, que puede considerarse el fundador de la economía moderna, fue ante todo profesor de filosofía moral, si bien su mayor obra filosófica, *La teoría de los sentimientos morales*, sigue siendo prácticamente desconocida. En su nuevo libro, Russ Roberts trata de corregir este lapsus y sacar a la luz la sabiduría oculta que encierra este clásico insuficientemente reconocido.

Roberts escribe con la ilusión de un niño el día de Navidad para embarcarse en una nueva y emocionante aventura, y contagia su entusiasmo cuando describe su inmersión en un libro que no puede dejar de leer. El libro está repleto de anécdotas memorables y coloridas estampas, que lo convierten en una lectura sencilla y estimulante, así como una buena introducción a la filosofía moral de Smith.

En la narración de Roberts, la moralidad de Smith se reduce a sencillas reglas de vida: “Busca la sabiduría y la



virtud. Compórtate como si un espectador imparcial te estuviera observando”.

Si bien la primera parte del libro se centra básicamente, y por decirlo de forma un poco anacrónica, en la “auto-superación”, la segunda está dedicada a la interacción de las personas en la sociedad. Es aquí donde Roberts cita una de las ideas claves de Smith: si bien es posible que, por naturaleza, tengamos tendencia a anteponer nuestra felicidad a la de los demás, no sería correcto vivir haciendo sufrir o explotando a los demás solo por egoísmo. ¿Por qué? Porque el espectador imparcial —árbitro último de la moralidad de Smith— no daría su visto bueno.

El concepto del espectador imparcial como motivador de la moral es una idea profundamente fecunda. El economista y Premio Nobel de Economía Amartya Sen, por ejemplo, subraya las ventajas de este razonamiento, simple y práctico, sobre el enfoque filosófico más dominante, centrado en los sistemas de justicia perfecta e instituciones perfectas. Aun así, Roberts no llega a determinar todas las consecuencias de este pensamiento, al sentirse demasiado inclinado a tratar los *Sentimientos morales* como libro de autoayuda.

En su último capítulo, Robert sí alude brevemente a las repercusiones de la postura ética de Smith para el funcionamiento de la economía moderna, pero no obstante es el capítulo más flojo.

Es mucha la tinta que ha corrido durante años sobre el famoso “problema de Adam Smith”, es decir, cómo conciliar el énfasis puesto en la bondad de los *Sentimientos morales* con interés personal de *La riqueza de*

las naciones. La respuesta más obvia es que este último se centra en las condiciones mínimas necesarias para un intercambio comercial ventajoso, mientras que el primero se basa en los fundamentos más profundos de las interacciones sociales más generales.

Como dijo Sen, la percepción de Smith se limitaba al intercambio e ignoraba conceptos de igual importancia, como la producción y la distribución. E incluso en un intercambio puro, el egoísmo por sí mismo no basta, sino que debe complementarse con la confianza mutua y compartida en la ética de todos los participantes. Es decir, los sentimientos morales nunca están muy lejos de la superficie.

Roberts sigue un rumbo distinto y sostiene que los dos libros de Smith se refieren a ámbitos distintos y no superpuestos de la interacción humana. En palabras del economista y filósofo Friedrich Hayek, “debemos habitar en dos mundos distintos a la vez para interactuar con nuestras familias y adentrarnos después en el ámbito comercial para interactuar con desconocidos”. Así, los *Sentimientos morales* se refieren a nuestro “espacio personal” —el mundo de los amigos, la familia y conocidos cercanos—, mientras que *La riqueza de las naciones* trata más bien de los intercambios interpersonales en un “mundo de desconocidos”. A distintos mundos, distintas normas de comportamiento.

Leer a Smith a través de los lentes de Hayek no resulta nada convincente. Imponer la visión filosófica y encrespada del mundo de Hayek a Smith le hace un flaco favor y limita demasiado el alcance de sus aportaciones.

En última instancia, a Smith le interesan las virtudes, en especial la bondad, la valentía, la templanza, la justicia y la prudencia. De hecho, Deirdre McCloskey sostenía que Smith era el último de los eticistas de las virtudes, continuador de una larga tradición iniciada por Aristóteles. Y si hablamos de virtud, la tendencia natural es hacia el florecimiento humano, en todos los aspectos de la vida. No existen las virtudes bifurcadas o abstractas.

Como Roberts traza una línea tan fina entre los distintos ámbitos de la vida, nunca llega a determinar las repercusiones de la filosofía moral de Smith para la economía de hoy, que es lo que realmente debería preocuparnos. Y es una lástima, porque en estos momentos los conocimientos de Smith resultarían especialmente valiosos.

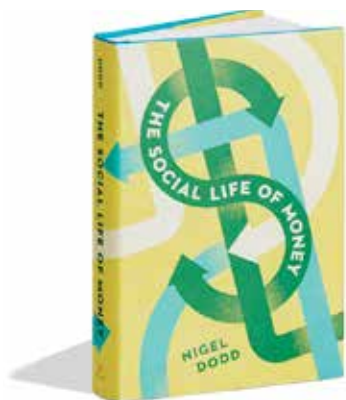
Por ejemplo, ¿qué diría el espectador imparcial del comportamiento del sector financiero en los últimos años, en los que todos los conceptos de virtud se vieron ahogados por las imprudencias extremas y el “cortoplacismo”? O, de forma más general, ¿qué diría de un modelo de negocio que antepone el beneficio a corto

plazo al deber de los participantes: trabajadores, clientes, el medio ambiente y la sociedad en general? Son estas las preguntas clave a las que el libro no da una respuesta clara.

Anthony Annett

Asesor de Desarrollo Sostenible y Cambio Climático, The Earth Institute, Columbia University

Por dos centavos



Nigel Dodd

The Social Life of Money

Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2014, 456 págs., US\$35,00 (tela).

¿Qué es el dinero? Nigel Dodd, profesor de sociología en la Escuela de Economía de Londres, nos invita a descubrirlo en *The Social Life of Money* (“La vida social del dinero”). Por el camino, nos presenta el concepto que tenían del dinero los genios de la literatura, la filosofía, la sociología y muchas otras disciplinas, en un libro más cercano al arte moderno que a la ciencia, que nos aleja de los caminos trillados —en especial a quienes estudiamos economía— y nos desconcierta. La pregunta queda sin responder, de forma deliberada.

El autor nos guía a través de los conocimientos sobre distintos aspectos del dinero de personas no consideradas estrictamente teóricos monetaristas, como Jorge Luis Borges, Jacques Derrida, Michel Foucault, Keith Hart, Friedrich Nietzsche, Jean-Jacques Rousseau y Ferdinand de Saussure, hasta nociones en parte contradictorias, pero igualmente reveladoras. Y mientras uno intenta encontrarle sentido al todo—no es una lectura

ligera—, Dodd sugiere que todas estas ideas pueden aportar algo. El dinero es demasiado versátil para resumirse en una sola idea.

Dodd no plantea un nuevo punto de vista, sino que pretende explicarnos varios. En este sentido, su mensaje es de por sí un sacrilegio: desmonta el mito de que el dinero está determinado por leyes irrefutables que los profesionales tercos y prácticos conocen. En cambio, el autor recuerda que el dinero en general, y el papel moneda emitido por el gobierno en especial, son un concepto social. No cuestionamos los 100 dólares impresos en un trozo de algodón y tela, cuya producción cuesta 12,5 centavos, porque confiamos en que el gobierno de Estados Unidos liquidará sus pasivos, dada su potestad para cobrar impuestos a los ciudadanos y recursos y su poder militar intrínseco. Incluso en abundancia de recursos y personas ingeniosas, cuando una sociedad pierde la fe, el valor del dinero cae en picada, como ocurre ahora en Venezuela, en Argentina y Brasil en 1990 y durante la República de Weimar en 1923.

Con referencias a Georg Simmel, entre otros, Dodd nos recuerda que decir que el dinero es un crédito frente a la sociedad no tiene nada de original. Pero está en lo cierto al reafirmarlo. Según la doctrina tradicional, el origen del dinero sigue remontándose a esa primitiva actividad para hacer más eficaz el trueque, sin poder fecharla, lo que oculta la frecuencia de los saqueos y baños de sangre en el origen de la sociedad. Los albores del dinero guardan mayor relación con los tributos de los vencidos y los beneficios de la esclavitud que con un comercio pací-

fico más eficiente. El dinero no tiene las manos limpias.

Dodd intenta explorar el tema más a fondo. El concepto social no tiene por qué significar Estado, sino que podría referirse a las redes sociales anárquicas y fluidas de intercambio, a través de las cuales las personas truecan su trabajo, o incluso el sistema de pago descentralizado llamado “bitcoin”.

No obstante, al intentar avanzar, el autor termina cediendo más terreno. En algunos pasajes, por ejemplo, parece que culpa al dinero por la crisis financiera mundial y otros males recientes. Pero el dinero como concepto social plantea una teoría más convincente y predictiva. La estructura de la sociedad y la forma en la que se organiza el poder dentro de ella generaron los incentivos que llevaron al auge y la inevitable caída posterior. Tales incentivos se inscribían en el dinero, pero podrían haberse inscrito en cualquier moneda de poder. Es concebible que el dinero tenga vida fuera del concepto social, pero tal argumento no se plantea de forma convincente. El “bitcoin” fracasará porque no está respaldado por la competencia fiscal del Estado y contradice las normas contra el blanqueo de dinero, no porque sea una moneda digital sin reservas.

La idea que hay que extraer de este libro es que la forma sigue a la estructura. Si queremos un dinero “mejor”, contentarnos con jugar con su forma no tendrá repercusiones importantes, a menos que modifiquemos los incentivos que suelen integrarse en la estructura de la sociedad.

Avinash Persaud

*Investigador Principal no residente
Instituto Peterson
de Economía Internacional*